

Martín Casariego Córdoba

El capitán Miguel

y el misterio de la daga milanesa



ANAYA

1.ª edición: mayo de 2015

© Del texto: Martín Casariego Córdoba, 2015
© De la ilustración de cubierta: Mónica Armiño, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7144-9
Depósito legal: M-6112-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Martín Casariego Córdoba

El capitán Miguel

y el misterio de la daga milanesa

ANAYA

*Para Miguel y Juan,
a los que daban miedo la lepra,
los canibales y los lobos que hablaban,
y para Mayte, que me los dio.*

Primera noche

1

Miguel

Miguel estaba tumbado, para que no se le viera. Le vigilaba, con la nariz entre los barrotes del balcón.

Avanzaba por la calle, atento, mirando a derecha e izquierda. Iba vestido y andaba sobre dos patas, pero lo hacía de una forma especial, ágil y en tensión, como dispuesto a saltar en cualquier momento. Llevaba una elegante gabardina, seguramente para disimular la cola, un sombrero y unas gafas oscuras, para ocultar el rostro. Ya estaba llegando a su portal...

Miguel contuvo la respiración.

Pasó de largo.

Miguel respiró, aliviado.

Pero, repentinamente, volvió sobre sus pasos, se detuvo ante el portal y miró hacia arriba.

Miguel se echó hacia atrás y, con el corazón laténdole violentamente, cerró la ventana y la contraventana. Fue después a la entrada. Pegó el oído a la puerta, tras echar el cerrojo.

Nada.

De pronto, sonó el ascensor. La puerta que se abría y unos pasos que se acercaban. No se atrevió a espiar por la mirilla.

Silencio. Y tras unos segundos, el cerrojo comenzó a descorrerse lentamente. Miguel lo miraba como hipnotizado, incapaz de reaccionar.

Con un chasquido, se abrió del todo y, como si ese sonido hubiera sido un remedio para su parálisis, Miguel se dio la vuelta y corrió hacia su cuarto, pensando desesperadamente en encontrar un escondite seguro. No se le ocurría ninguno.

Oyó que la puerta de la casa se abría. Tiró los almohadones de la cama al suelo, se metió entre ellos y se cubrió con la colcha.

Aguardó con los ojos cerrados. Pidió ayuda a Dios. ¿Por qué estaba solo, a dónde habían ido sus padres y su hermano?

Oyó los pasos en el pasillo, que se detenían ante la puerta de su cuarto.

El lobo entró.

Miguel contuvo la respiración. Oía la del lobo, ronca y poderosa.

De golpe, la colcha que lo tapaba salió volando de un tirón.

El lobo le miraba con expresión triunfal.

—¡Ya te tengo!

Y con su lengua grande y roja y babeante se relamió.

2

Padre e hijo

Por fin, después de una jornada ajetreada y varias horas de corregir exámenes en su casa, tenía un rato para hacer lo que le apeteciera. Su mujer estaba de viaje, su hijo pequeño en un campamento y el mayor, que había preferido leer a ver una película con él, había apagado la luz de su cuarto hacía un rato. Se encontraba tan cansado que a punto estuvo de encender el televisor y saltar de programa en programa hasta adormilarse, pero decidió continuar con la lectura del libro sobre Gilles de Rais, empezado hacía días. Se sentó en el sillón. Abrió el volumen por la página señalada. Pensó que se merecía un aperitivo, e iba a levantarse cuando se sintió observado. Miró hacia el vano que se abría al pasillo. Un pie desnudo asomaba tras el marco.

—¿Miguel?

El pie desapareció. Al padre le parecía enorme, pues lo había visto crecer desde que no tenía más de siete centímetros hasta ahora.

Suspiró. Era descorazonador reconocerlo, pero le costaba más levantarse para ver qué quería su hijo que para prepararse un aperitivo.

—¿Miguel? ¿Estás ahí?

Junto al vano, con aire culpable o avergonzado, su hijo le miró en silencio. ¡Cómo había crecido! Ya estaba casi tan alto como su madre.

—¿Qué pasa? ¿No te duermes?

—¿Cuándo vienen mamá y Juan?

—Mamá dentro de dos días, y a Juan le recogeremos el sábado, ya lo sabes. Venga, ve a dormir.

Miguel apartó un poco la mirada.

—He tenido un sueño.

—¿Y de qué era?

—De un lobo.

—¿De un lobo? —se extrañó su padre—. ¿De qué lobo?

—Era un lobo que hablaba.

Le enternecían su miedo y su voz, baja y suave, una voz que pronto cambiaría. Le enternecía su vulnerabilidad, y también el valor de reconocer que había tenido miedo. Contuvo el deseo de darle un beso, pues no estaba seguro de que fuera a ser bien recibido.

—Ven.

Recordó cuando, hacía no tanto, le levantaba de las axilas, y lo llevaba en volandas.

Todo había pasado en un suspiro. Qué distinto era su tiempo del de sus hijos.

Se acordó de sus miedos infantiles, de que cuando tenía diez años (es decir, cuando tenía dos menos que su hijo ahora) soñó que alguien llamaba a la puerta de la cocina. La abrió en el sueño, y aparecía ante él una vieja horrible y enjuta, de cara arrugada, pelo blanco y ojos pequeños y brillantes. Él se quedaba paralizado de miedo. Sin decir palabra la vieja se lo llevaba, y no era capaz ni siquiera de gritar y pedir auxilio a sus padres y a sus hermanos, secuestrado él por la bruja, se-

cuestrada su voz por el terror. A partir de aquel sueño el miedo había vuelto a sus noches, e incluso en algunas de ellas se había tragado su orgullo y había pedido a su hermano pequeño, Pablo, que le permitiera compartir su cama con él.

Se sentaron en el sofá, mirándose.

—Los lobos no hablan, Miguel —empezó, con un tono sereno que pretendía ser persuasivo—. Además, no se atreven a entrar en las ciudades, porque no saben cruzar las calles y les pillarían los coches. Y no pueden trepar hasta nuestro piso.

Miguel le dejaba hablar, pero en su rostro se iba acentuando una mueca de incredulidad o asombro.

—Pero, papá —dijo al fin, y a la incredulidad se había sumado la indignación o el desdén—. ¡Me tratas como a un niño pequeño! Ya sé que no existen, ¡pero ha sido una pesadilla!

—Está bien. ¿Quieres quedarte un rato charlando?

—Bueno...

Aunque estaba cansado, se alegró. Tampoco tenía muchas oportunidades de hablar tranquilamente con él, a solas.

—¿Te acuerdas de cuando tenías miedo, de pequeño?

—Sí. Me contabas el cuento del Viejito Andrajoso para que se me quitara.

—¿Lo recuerdas? —sonrió—. ¿Quieres que te cuente el del Último Lobo que Hablaba?

Miguel guardó silencio, no muy convencido.

—Escuchar cuentos no es de niños pequeños —dijo el padre, adivinando su pensamiento—. Antiguamente, cuando aún no se había inventado la escritura, los cuentos se transmitían oralmente, y te aseguro que muchos eran terribles y no precisamente para niños.

—¿Cómo se llama tu historia?

—*El capitán Miguel y el misterio de la daga milanesa*. Ocurrió hace quinientos años, más o menos. Trata del último hombre lobo. No ha habido más.

—Cuéntamela —decidió el chico, tras reflexionar un instante.

—Bien.

Miró en su derredor, buscando inspiración. El salón atestado de libros, dos pilas de títulos en el suelo, pues ya no cabían más y siempre dejaba para mañana el deshacerse de ellos, las estanterías llenas hasta el techo, allí las novelas de ficción, a un lado las traducidas y a otro las escritas en español, en otras baldas los de historia, allá los de arte y fotografía, en la otra pared los de poesía, ensayo y memorias, más abajo los juveniles e infantiles, un poco más arriba los cómics. Suspiró. En las baldas en las que se alineaban las películas, *En compañía de lobos*, *Un hombre lobo americano en Londres*, *La princesa prometida*, *Ordet* y muchas otras, parecían llamarle.

—¿Cuándo empiezas?

—Ahora mismo. Era la época del Renacimiento, en España. Corría el año 1537, un tiempo en el que todo se discutía, en el que todo estaba patas arriba... Se rumoreaba en las cortes y universidades europeas que un astrónomo polaco, Nicolás Copérnico...

3

Hay un nuevo capitán en el ejército de Carlos I

... aseguraba que la Tierra giraba alrededor del Sol, en contra de lo que decía Aristóteles, según el cual el Sol, la Luna y las estrellas giraban alrededor de la Tierra. Era difícil contradecir al sabio griego, pues había dicho siglos atrás que la Tierra era redonda, y hacía unos pocos años los navegantes habían demostrado que tenía razón.

Era una época mucho más violenta que la actual, en la que la vida de las bestias y de los hombres (salvo que pertenecieran a la nobleza) apenas tenía valor, y en la que a casi nadie se le ocurriría regañar a unos niños porque abusaran de otro más débil. Muchos morían antes de cumplir los tres años, por hambre o enfermedades, o incluso porque sus padres, con los que compartían el lecho, los aplastaban por la noche sin darse cuenta, asfixiándolos. Los campesinos eran muy pobres, y en invierno pasaban un frío terrible, y siempre estaban llenos de pulgas, garrapatas y piojos, y habían de quitárselos los unos a los otros. La gente olía fatal, pues apenas se lavaba, y muy pronto se le caían los dientes, porque no se los cepillaban por la noche ni por la mañana, y se les pudrían.

Lutero se enfrentaba al papa, los protestantes a los católicos, se mataba por la fe y en esa confusión en Alemania se al-

zaban los campesinos contra los príncipes y eran muchos los que pretendían abolir el Estado, la propiedad privada, la Iglesia y todo tipo de jerarquía. Carlos I de España y V de Alemania, heredero de diversos y vastos territorios, era el hombre más poderoso del mundo, y se enfrentaba a Francia, al Imperio Otomano, a Inglaterra, tenía conflictos en los Países Bajos... No había casi nada de lo que conocemos nosotros: ni Wii, ni iPads, ni drones, ni coches ni nada de nada, pero las pasiones, las virtudes, los deseos y los defectos de los hombres eran iguales que los de ahora.

Nuestro protagonista, el capitán Miguel, vivía en Piedra de los Caballeros, una pequeña ciudad, o un gran pueblo, a los pies de una colina, que se había levantado, según la leyenda, en el lugar en el que antiguos caballeros se juraban lealtad subidos a una gran roca. En aquella colina había un castillo, y en otra se elevaba la más grande de sus tres iglesias. La ladera de la colina de la iglesia mayor estaba llena de casas y callejuelas, pero la del castillo sólo tenía árboles, rocas y arbustos. El castillo estaba defendido por torres y murallas de piedra, al igual que la ciudad, bordeada al este por un río flanqueado por chopos.

Pero esas torres y murallas no habían servido, hacía veinte años, para proteger a diecisiete muchachos de humilde condición, que habían sido despedazados en los campos por un enorme lobo. Todos ellos habían muerto a los catorce años. Y la mayoría habían sido encontrados en las tierras del marqués Esteban Hambrán o en las de Monroy, que colindaban con ellas. Corrió el rumor de que en el reino había un monstruo, una bestia, un hombre lobo que atacaba por la noche a los muchachos que se despistaban y no se habían refugiado en sus chozas o en el orfanato al caer el sol.

El marqués de Hambrán había gozado, como sus antepasados, de la fama de ser el noble más apuesto del reino, hasta que un toro le corneó en la cara, desfigurándosela. El cuerno le abrió toda la mejilla izquierda, dejando al descubierto huesos y muelas. Un cirujano le cosió el trozo de cara que se le había quedado colgando. La cicatriz que resultó de aquello era como una L: desde la comisura de los labios corría como prolongándolos, para subir luego bruscamente en ángulo recto hasta llegar al borde de la ceja. Y aunque se dejó crecer una barba negra, a partir de entonces pareció que en su faz había siempre una cruel sonrisa, que desentonaba con su habitual amabilidad. Continuó siendo apuesto, pero ahora únicamente si mostraba su perfil derecho. Cuando el lado que se veía era el izquierdo, resultaba repulsivo. Aquel toro bravo le había convertido en un Jano, el dios romano de las dos caras. Por aquel entonces el capitán Miguel aún no había nacido.

Sobre el marqués Esteban Hambrán circulaban diversas habladurías. Se decía que, desde tiempo inmemorial, su familia contrataba hechiceros y alquimistas a los que mantenía encerrados para que buscaran el secreto de la eterna juventud y de la piedra filosofal, capaz de convertir cualquier metal que tocara en oro y de dotar a su dueño de una inmensa sabiduría. Se esparció el rumor de que una bruja hermosísima, pero a la que habían cortado dos dedos de la mano izquierda, lo había encontrado. Y también empezaron a difundirse las sospechas de que el marqués estaba relacionado con las muertes de los campesinos y huérfanos. Incluso se dijo que ya se había cursado la orden para detenerlo, acusarlo de aquellos horrendos crímenes y juzgarlo.

Pero antes de que fuera encarcelado, el marqués se presentó una mañana ante las puertas del castillo. Llevaba cruzado

sobre la grupa de su corcel el cadáver de un lobo, el más grande que jamás se había visto por aquellos contornos. Pesaba cinco arrobas, cerca de sesenta kilos, y eso que su pelo no estaba mojado. Esteban Hambrán tiró el enorme lobo a los pies de la puerta del castillo, y gritó con recia voz, para que todos pudieran oírle:

—¡Aquí tenéis a vuestro asesino de muchachos! ¡Las madres ya podrán respirar tranquilas cuando sus hijos cumplan catorce años!

Aquel lobo, efectivamente, había atacado a un campesino de catorce años, y el marqués había llegado a tiempo para salvarlo. Y tal y como había anunciado, cesaron las brutales muertes. La conclusión parecía evidente: muerto el perro, muerta la rabia. Si habían terminado los ataques, era porque la bestia había sido capturada. Muchas madres agradecidas encendieron velas en las iglesias en honor del marqués y rezaron por la salvación de su alma, y muchos se arrepintieron de haber sospechado de él.

Algún tiempo después Esteban Hambrán se fue a América, dicen que a buscar oro al no haber hallado sus alquimistas la piedra filosofal. En realidad, seguía una tradición familiar. Desde hacía siglos los marqueses de Hambrán no se casaban, y cuando cumplían treinta años abandonaban sus feudos y emprendían un largo viaje en pos de esposa, un viaje del que, veinte o veinticinco años después, no regresaban ellos ni la anhelada esposa, sino un hijo, el nuevo marqués de Hambrán, idéntico al anterior y habido, según las habladurías populares, con alguna hechicera de algún remoto país. Sobre el último don Esteban se esparcieron confusas y contradictorias noticias, rumores sin mucho fundamento, quizá. Lo habían visto en tal lugar, había ex-

plorado una selva y remontado un gran río en el que había sirenas, había atravesado un desierto, era el señor de fabulosas y ricas tierras llenas de oro, joyas y esclavos, una flecha emponzoñada con el veneno de una rana había puesto fin a su paso por este mundo... Se escuchó también que había sido devorado por una tribu de caníbales, cocido en una olla de plata.

Todo esto lo sabía Miguel porque lo sabía todo el mundo que viviera a menos de quince leguas de Piedra de los Caballeros.

Como sabía también que había regresado hacía cuatro años, y que ante el asombro de todos seguía igual de joven. No había continuado la tradición familiar: se trataba del mismo marqués, y no de uno nuevo, engendrado y criado en lejanas tierras, como probaba la cicatriz de su rostro, que todos recordaban. Según algunos sí se había producido algún cambio: sus ojos eran ahora azules, en lugar de verdes. ¿O siempre habían sido verdes? ¿Quién se acordaba, si habían pasado quince años?

—Cambian de color cada vez que bebo la pócima mágica de la juventud —explicó Hambrán a una atrevida dama que le preguntó por aquel asunto, pero a la dama en cuestión le pareció que bromeaba.

Y por otra parte, ¿qué más daba? Suponiendo que sus ojos hubieran cambiado de color, mucho más extraño aún resultaba que, con pócima o sin ella, el marqués de Hambrán aparentara la misma edad que cuando partió hacia América, dos décadas atrás: treinta años.

—¿Pero el capitán Miguel no es el protagonista? —interrumpió el chico—. ¿Cuándo sale?

—Paciencia, que allá vamos. Miguel había sido nombrado capitán por el emperador justo el día en el que comienza nuestra historia. Acababa de recibir la patente. ¡Era el capitán más joven de todo el reino, pues apenas había cumplido dieciocho años!

—Era unos doce años más pequeño que Hambrán... Bueno, no... *Parecía* unos doce años más joven, pero en realidad era unos treinta años más joven, pues Hambrán tenía cerca de cincuenta.

—Exacto —corroboró el padre, satisfecho de que su hijo siguiera con atención su relato.

El capitán Miguel estaba celebrando su nombramiento en una taberna, en la que se mezclaban soldados, lavanderas, tejedoras, campesinos, panaderos y artesanos. El suelo estaba cubierto de paja, para que los clientes no resbalaran con la cerveza derramada. Olía bastante mal, y no sólo por las vacas a las que únicamente una valla de troncos separaba de la taberna, pero estaban todos acostumbrados y a nadie parecía importarles. ¡No eran muy delicadas las narices de aquella época, no!

Miguel era rubio y tenía los ojos verdosos rodeados por unas largas pestañas. Era alto y caminaba siempre erguido, la espalda recta. Gracias al ejercicio, bajo su delgadez se agazapaba la dureza de la roca. Era todo fibra, y no era de extrañar que muchas de las jóvenes casaderas suspiraran por él, y entre ellas Rosalba de Monroy, la hija del señor del castillo. Pero Rosalba era tan orgullosa que preferiría pasar cien días recluida en una mazmorra a pan y agua antes que confesarlo. Y además, como era de una superior condición social, resultaba completamente imposible que Miguel y Rosalba contrajeran matrimonio.

Índice

Primera noche

Miguel	11
Padre e hijo	13
Hay un nuevo capitán en el ejército de Carlos I	17
Han vuelto los crímenes	28
Discutiendo de religión	45
El lugar del asesinato	53
Maese Martín y el ladrón cojo	63
Ladrones en la villa de Monroy	72
La dama y el caballero	77
Un cojo en las mazmorras y un encargo misterioso	88

Segunda noche

La cueva del Alma en Pena	101
Misteriosos preparativos	111
La cacería	117
Los perros de Hambrán	126
Acordaos, por Dios, señora... ..	137
La muerte	147

Tercera noche

El velatorio	165
Resurrección	178
La antorcha ardiendo	184
La muerte del último hombre lobo	188
¿Es que acaso tú has dejado de tenerlo?	199

En el siglo XVI, en una recóndita región del interior, tras años de tranquilidad vuelven a producirse los brutales asesinatos de jóvenes que acaban de cumplir catorce años, aparentemente cometidos por un lobo. Cuando el muerto es el hijo de un noble, las autoridades deciden tomar cartas en el asunto. El señor de Monroy encargará al joven capitán Miguel que investigue los crímenes. Miguel, que sobrevivió al ataque del lobo años atrás, es el único capaz de detenerlo, pero el monstruo podría estar mucho más cerca de lo que cree... y la única pista con la que cuenta es una misteriosa daga milanesa.

ISBN 978-84-678-7144-9



9 788467 871449

1525172

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com